



El nacimiento del Nacimiento

Por Sebastián Salazar Bondy

TODOS los años, en los primeros días de diciembre —me cuenta la voz querida—, la señora Martina sacaba ciertos polvorientos baúles del desván y ante los crédulos ojos del vecindario, que atisbaba atento tras la ventana de reja, cumplía el prolijo rito de armar el Nacimiento. Descomunales Niño Jesús, María y José menudos, pajizo establo, primero, y luego, según un orden secreto, una infinidad de personajes y objetos relumbrantes, pintorescos, anacrónicos...

veraz. Se intentaba reproducir un milagro, y el milagro opera contra la lógica, contra la razón. El milagro es la desatinada fantasía que se hace realidad.

Y en el Nacimiento de hoy necesariamente estarán, rodeando la pobre cuna y sus habitantes, junto a los campesinos y las ovejas, esos platillos voladores que desorbitan los ojos del siglo y esos cohetes que instalan un satélite más allá de los aires. Acu-

dirán a dicha cita con justa razón, equiparados a los cisnes de celuloide que sobrenadan las aguas de cristal azogado, a las muñecas de trapo de ademán flácido y mirada perdida en lontananza, a las mariposas de papel detenidas en cualquier instante de un increíble vuelo, ya que también significan la ideal fraternidad de lo desemejante, conquistada merced al más puro candor.

Pues no nace el Nacimiento por ofanes estéticos, por

cánones documentales, por devoción a las realidades visibles. Surge con el impulso de componer, siguiendo sólo ritmos íntimos, un cuadro sobrenatural cuyo movimiento lo decide la fe del que asume el prodigio cristiano y lo siente repercutir en su corazón central. El Nacimiento desdeña el lujo, pero reclama la abundancia. El Nacimiento no es producto del exceso, sino fruto de la multiplicación. Emanada de la emoción y por ello es el pueblo el que

le ha dado su verdadera forma y su legítimo sentido. El pueblo es parco y elocuente al mismo tiempo, ya lo sabemos, mas en la fiesta se desborda en color, detonación y desorden. La algarabía es ornamental.

Alguna vez —continúa la voz querida— los niños fuimos invitados a trasponer el umbral de la mansión provincial y a participar de la ceremonia de redescubrimiento de las innumerables piezas sacras y de su rigurosa distribución en torno al establo y las radiantes imágenes. Concluida esta labor, bajo la luz de lamparitas y candiles, nos hincábamos silenciosos a orar. Los reyes, allá lejos, habían emprendido su camino de trece días, a lo largo del cual había cascadas, precipicios, batallones, adanes y evas, flores frescas y artificiales, edificios y grupos sorprendentes, una muchedumbre de personas, animales y cosas convocada por la señora Martina, la autora genial de la imposible escena...

Eso fue siempre el Nacimiento. Con reverente campana de vidrio los cuzqueños protegieron, desde siglos atrás, su universal heterogeneidad, y en los villorrios andinos, en las ciudades pesqueras, en los pueblos de la alta quebrada o el valle costero, el altarcillo familiar propuso la inusitada reunión de todo aquello (pastores y soldados, lagos de espejo y deformes chumbeques, casas de muñeca y trenes eléctricos, pinos hechizos y tierno trigo en tientos de hojalata) que simbolizara la descabalada naturaleza o la premiosa inventiva humana.

No importaba, por supuesto, ninguna certitud histórica, pues los creadores de aquella obra evocaban un portento ecuménico, no un hecho que fuera preciso ilustrar mediante el meticuloso procedimiento del cronista que se cura de



Tal fue siempre el nacimiento del Nacimiento. Incasantes ofrendas al pie de la fascinante alegoría del advenimiento de la vida. Obolos disímiles cuyo valor lo dio el fervor de quien los puso en el centro de la quimera. Suma de humildes emblemas amorosos ante un emblema glorioso del amor.